



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 5 DE OCTUBRE DE 2025

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

El esquema final

EL CUENTO QUE NO QUISE ESCRIBIR AYER

OLGA DE LEÓN G.

Seguramente, tampoco lo escribiré hoy. ¿Qué o sobre qué escribir? Es una pregunta recurrente, cada que me siento frente al ordenador de palabras con la intención de producir un buen texto. Un texto que interese, a quien lo lea, desde la primera línea. ¿Será eso posible? Durante dos o tres días pienso en ello; pero, muy pocas veces empiezo sabiendo de qué hablaré.

Si me esperara a saber qué tema, asunto o a qué incógnita responder sobre la página en blanco... bien poco sería lo que hasta hoy habría producido. Todo empieza por: sentarme decidida a escribir, ¿de qué?, ya se irá viendo sobre la marcha, en el correr de las letras que van brotando de oprimir algunas teclas. Y si mis dedos corren de prisa, no los detengo, ni siquiera para autocorregirme o revisar que esté escribiendo con pulcritud ortográfica, gramática ordenada y con sentido lógico. Eso lo veré al revisar el texto. Y, sin presunción ni falsa modestia, pocas son las correcciones que le hago a lo escrito, cuando salió de primera instancia, sin tropiezos. Será la experiencia alcanzada, o la suerte de dominar tales áreas, quizás.

Me encantaría planear, hacer uno o dos manuscritos borradores, y luego transcribir en el ordenador: me falta tiempo o, ¡paciencia! Solo espero que no salgan tan mal, que luego me arrepienta de no haber hecho varios borradores previos. Lo cierto es que sí reviso, siempre reviso lo que escribí, más de una vez, para que, finalmente, cuando ya lo veo publicado, y me releo: piense en lo que no hice y pude hacer para lograr un mejor escrito: es el talón de Aquiles, no sé si de todo escritor o solo de unos cuantos que tendemos a ser perfeccionistas. No sé. Y, ya me va importando menos saber o no, tales cosas.

El cuento que ayer no escribí hablaba de lo que más nos preocupa a la mayoría, de lo que no hemos llevado a cabo en nuestras vidas, por falta de tiempo, o por negligencia y designio equivocado de las preferencias.

Como cualquier ser humano común y corriente, me ocupo de pequeñas cosas que pudieran parecer insignificantes, a los ojos de muchos, pero que nadie más se ocuparía de ellas, si no lo hacemos nosotros: los que nos perdemos y perdemos parte valiosa de nuestro tiempo en hacerlo. Como asear rincones, ordenar cajones de ropa o de lápices y plumas, tarjetas y papeles diversos. Obviamente, este es el caso de quienes no tenemos ayuda suficiente en casa, ni de los que viven con nosotros (pues ellos sí discriminan, y no gastan mucho tiempo en lo que no es de su mayor interés). Tampoco de la persona a quien se le paga por un aseo general, un día a la semana; porque no podemos pagar más de uno dos días, y la ayudanta ya tiene ocupados todos los días de la semana, ni siquiera dos nos puede dedicar (a pesar de que somos los que mejor le pagamos), pues es honrada y responsable, y no abandona a quien con el que ya se comprometió tal o cual día.



De suerte que los detalles son míos... y de nadie más... ¡Claro!, hasta que yo lo decida.

De modo que, el cuento de ayer seguirá en el tintero; algún día saldrá a la luz de la mañana de un domingo. Otro domingo, no el de esta ocasión. Hoy, solo seguiré mostrando, cómo escribo y cómo escriben -quizás- muchos más.

Siento, ahora sí, que la vida se me está yendo. Y, se me va sin escribir una novela. En esto, no sé si sea negligencia, o simple negación a escribir por escribir. Quisiera encontrar el hilo de la historia, nacional, local o, por qué no, mundial, con el cual tejer mi propia historia, que sé que tiene algunos puntos que se tocan íntimamente con los hechos vividos en su momento.

Y, cuando me surge alguna chispa motivadora, casi al mismo tiempo, me asalta una duda: con tantas buenas novelas escritas por grandes y medianos escritores, las cuales no han sido aún leídas completas, para qué me embarco en la tarea de escribir una más que quizás no correrá la misma buena suerte de que al menos alguien se interese en empezar a leerla.

Definitivamente, soy una perezosa. Luego, me contradigo, pues caigo en la cuenta de que casi tengo una novela vaciada en diversos cuentos que tienen ese hilo conductor que las hermana y une como un todo que ha sido separado en partes, a lo largo de casi veinte años de escribir cuentos y relatos.

El cuento que ayer no escribí, ya lo empecé aquí. Y me ocuparé de él con mayor claridad y precisión, quizás mañana. Por hoy, mis apreciables lectores, confío haberles dado algo fuera de lo común, entre mentiras y verdades, con estas líneas.

HISTORIAS EN CADENA

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Tocaron a la puerta. La señora Ruth escuchó voces de niños y fue a abrir. Se preocupó. ¿Vendría su hijo entre ellos? Nunca habían tocado, ellos, de esa manera. “Señora Ruth”, escuchó decir a uno, intentando explicarle la situación. Pero no había necesidad de explicar nada. Vio a su hijo sangrando del rostro; había caído de la bicicleta en el juego de las carreritas en la calle. Les dijo: “espérenme aquí, mientras encuentro las llaves del auto”. Lo subieron al asiento trasero. La señora Ruth condujo de prisa, hacia el área de urgencias del hospital más cercano. En el camino le rogaba a Dios que no fuera nada grave. Intentaba sacarle plática a su hijo, quien observaba por la ventana el tránsito de los demás autos: vio a un hombre canoso conducir de prisa una carroza fúnebre.

El conductor de la carroza llevaba prisa, había tenido necesidad de ir al baño cuando ya le habían girado instrucción, en su trabajo, de llevar el vehículo al mecánico: debían arreglarle los frenos. Cuando finalmente llegó al taller automotriz, preguntó por el señor Rojas, quien era el dueño del negocio. “No está”, le respondió la secretaria. “Vengo de la Funeraria Zamarripa, para el cambio de frenos de una carroza”. “Ah, claro, ya lo estábamos esperando”. La secretaria salió de la oficina y le dijo: “mécala por aquel portón, por favor”, mientras señalaba una puerta a unos diez metros de distancia. “Diga que viene de la funeraria, para que se la reciban”. La asistente volvió a su lugar, adentro de su oficina climatizada y se sentó frente a la computadora. Tomó nuevamente el número de la revista de farándula que estaba leyendo.

Encontró varias noticias de dónde escoger: Kate Middleton y el Príncipe William, (los de Inglaterra); la boda de Ángela Aguilar y Christian Nodal; el divorcio de Jenifer Lopez y Ben Affleck. Decidió buscar las páginas que daban la noticia sobre esta última nota. Escuchó nuevamente toquidos a la puerta. “Vengo a recoger el BMW azul, aquel”, le dijo un hombre. “La preparo la factura”, respondió ella. El hombre se quedó afuera, mirando su auto.

Pensó que era una lástima que el tiempo hubiese pasado tan rápido. Tanto que le gustaba su vehículo y ahora, pasando los cien mil kilómetros, comenzaban a aparecerle las primeras necesidades de reparación. Recordó cuando se fue con su sobrino, manejando a Acapulco y le tocó una helada en la parte más alta del camino. Su auto respondió muy bien. Luego vinieron los viajes a Querétaro por temas de trabajo. “Son cuatro mil doscientos pesos”, escuchó decir a la secretaria, detrás de él. Entró a la oficina a pagar con su tarjeta de crédito y para cuando se dio cuenta, su auto ya estaba en la puerta de salida, encendido y con las llaves puestas.

Condujo por Carranza hacia el centro. Rodeó la Macroplaza y cuando estuvo en un semáforo de Zaragoza, le tocó ver a una pareja de viejos de piel muy blanca, con el cabello pintado de verde, en bermudas y playeras de verano, cruzando la calle. “Naturalmente son extranjeros”, Se dirigían rumbo al Museo de Arte Contemporáneo.

A la entrada, la pareja se tomó una fotografía: una selfi con “La Paloma”, de Juan Soriano. Luego compraron los boletos: calcomanías rosas que debían pegar al frente de sus playeras. Ingresaron al museo y el guardia les indicó el camino. Sintieron el fresco del aire acondicionado. Recorrieron una exposición completa en media hora: vieron pinturas de artistas mexicanos que habían vivido en el extranjero y encontraron fotografías de Edward Weston y Tina Modotti durante sus estancias en México. Tomaron un refrigerio en la cafetería. Luego se dirigieron a la salida, pero antes se toparon con otras salas, les llamó la atención una exposición de un diseñador norteamericano que había vivido en México. Pasaron media hora aprendiendo sobre su obra.

Se dirigieron a la librería y hojearon algunos libros; pero se abstuvieron de comprar alguno. Revisaron postales de la ciudad y algunas tazas para café con diseños donde aparecía el Cerro de la Silla y otros sitios emblemáticos de la ciudad de Monterrey. Salieron con dos tazas para café. Cruzaron la puerta y finalmente se encontraron bajo el intenso calor de verano de las tres de la tarde. Caminaron despacio rumbo a la orilla de la banqueta para volver por donde habían llegado. Les tocó el semáforo peatonal en verde. Tenían frente a sí un auto que invadía las rayas peatonales: Lo conducía una mujer. Su hijo iba en el asiento trasero: se había accidentado conduciendo su bicicleta mientras jugaba unas carreritas con los amigos de cuadra: Con cuatro puntadas quedó listo el labio y con una semana de collarín se arreglarían las cosas.



Denis Diderot

(Langre, Francia, 1713 - París, 1784) Filósofo y escritor francés que editó junto con D'Alembert la célebre Enciclopedia, obra emblemática de la Ilustración. Fue el hijo mayor de un acomodado cuchillero, cuyas virtudes burguesas de honradez y amor al trabajo había de recordar más tarde con admiración.

A los diez años ingresó en el colegio de los jesuitas en Langres y en 1726 recibió la tonsura por imposición de su familia con el propósito -luego frustrado- de que sucediera como canónigo a un tío materno. En 1728 marchó a París para continuar sus estudios; por la universidad parisiense se licenció en artes en 1732, e inició entonces una década de vida bohemia en la que se pierde el hilo de sus actividades.

En 1741 conoció a la costurera Antoinette Champion, que no tardó en convertirse en su amante y con la cual se casaría dos años más tarde contra la voluntad de su padre, quien trató de recluirla en un convento para abortar sus planes. Fue un matrimonio desdichado, marcado por la muerte de los tres primeros hijos en la infancia (sólo sobrevivió la cuarta hija, más tarde autora de la biografía de su padre). En 1745 inició una relación amorosa con Madame de Puisieux, la primera de una serie de amantes que terminaría con Sophie Volland, de la que se enamoró en 1755 y con quien mantuvo un intercambio epistolar que constituye la parte más notable de su correspondencia.

En 1746, la publicación de sus Pensamientos filosóficos, en los que proclama su deísmo naturalista, le acarreo la condena del Parlamento de París. Ese mismo año entró en contacto con el editor Le Breton, quien le encargó la dirección, compartida con D'Alembert, de la Enciclopedia. Durante más de veinte años, Diderot dedicó sus energías a hacer realidad la que fue, sin duda, la obra más emblemática de la Ilustración, a la cual contribuyó con la redacción de más de mil artículos y, sobre todo, con sus esfuerzos por superar las múltiples dificultades con que tropezó el proyecto.

En 1749, la aparición de su Carta sobre los ciegos para uso de los que pueden ver le valió ser encarcelado durante un mes en Vincennes por «libertinaje intelectual», a causa del tono escéptico del texto y sus tesis agnósticas. En la cárcel recibió la visita de Rousseau, a quien conocía desde 1742 y que en 1758 acabó por distanciarse de él.

En 1750 apareció el prospecto divulgador destinado a captar suscriptores para la Enciclopedia, redactado por Diderot; pero en enero de 1752 el Consejo Real prohibió que continuara la publicación de la obra, cuando ya habían aparecido los dos primeros volúmenes, aunque la intercesión de Madame de Pompadour facilitó la revocación tácita del decreto.

En 1759 el Parlamento de París, sumándose a la condena de la Santa Sede, ordenó una nueva suspensión; D'Alembert, intimidado, abandonó la empresa, pero el apoyo de Malesherbes permitió que la impresión prosiguiera oficiosamente. En 1764, Diderot comprobó que el editor censuraba sus escritos; tras conseguir que los diez últimos volúmenes del texto se publicaran en 1765, abandonó las responsabilidades de la edición.

Inició entonces un período de intensa producción literaria, que había dado ya frutos notables durante sus años de dedicación al proyecto enciclopédico. A finales de 1753 habían aparecido sus Pensamientos sobre la interpretación de la naturaleza, donde proclamaba la superioridad de la filosofía experimental sobre el racionalismo cartesiano. Lo más notable de su producción lo integraron obras que permanecieron inéditas hasta después de su muerte, aunque fueron conocidas por sus amigos. Entre ellas destacan, sobre todo, dos novelas filosóficas: La religiosa y Jacques el fatalista, así como el magistral diálogo El sobrino de Rameau, traducido al alemán por Goethe en 1805.

ad pédem literae

No arrepentirse ni hacer reproches a los demás, son los pasos de la sabiduría

Denis Diderot

Letras de buen humor

Un hijo es un acreedor dado por la naturaleza

Stendhal

Mónica Lavín

Mexicanos al timón de propuestas culturales

Me gusta Madrid. No sólo porque es la ciudad de mi abuela y mi madre sino por su amable señorío, lo fácil que es recorrerla a pie, en transporte público y toparse con su historia, con parques, con terrazas, con esa dedicación de los españoles a la conversación alrededor de la mesa. Este otoño, Madrid no sólo presume su cielo azul incisivo si no la oferta cultural que va más allá de las exposiciones permanentes y temporales en museos y de la extraordinaria labor de la Casa de México que se ha vuelto una ventana muy poderosa para proyectar las expresiones culturales de nuestro país.

Este otoño las propuestas culturales tienen que ver con festivales y espacios, que en feliz coincidencia, dirigen mexicanos. Me refiero al Centro de Cultura Contemporánea Conde Duque, en el cuartel militar que albergara la guardia personal de Felipe V, cuya programación anual fue estrenada hace muy poco bajo la dirección del escritor Jorge Volpi. Volpi, muy activo en su escritura premiada y escenificada, sorprende con sus propuestas donde no falta la presencia de la ciencia, que se teje con otras manifestaciones del arte, y donde las ideas y el

debate alrededor de ellas nutre la conversación sobre el quehacer cultural y nuestro lugar en el mundo. Cómo vivimos el futuro y el no futuro son los temas con que , bailarines, músicos, pintores, actores, científicos, escritores llenarán el espacio durante el primer año de esta audaz dirección.

La programación, igual que la de la mexicana Marcela Diez Martínez, directora del Festival de Otoño de Madrid, que tendrá lugar en el mes de noviembre en diversos espacios de la Comunidad de Madrid, abarca la presencia de diferentes países y desde luego México. La puesta en escena a partir de la novela de Cristina Rivera Garza, El invencible verano de Liliana, con la actriz Cecilia Suárez forma parte de Conde Duque y del Festival de Otoño en una mancuerna de colaboración que había empezado en México cuando Volpi fue director del Festival Cervantino en Guanajuato y como lo ha sabido hacer Difusión Cultural de la UNAM. En la presentación del pasado mes de julio señaló su intención: “El Festival de Otoño de Madrid pretende, ante todo, ser un espacio para el diálogo. Diálogo artístico, estético, cultural y generacional.” Su gusto y olfato para propuestas de alta calidad que cautivan a la audiencia y la sorprenden es una



tercio de la programación atañe al diálogo interoceánico donde, además de México, Chile, Argentina y Colombia tienen mucho que aportar. A Marcela Diez le interesa mucho la atracción de público juvenil, abrir la oferta y comprender sus intereses como lo hizo con el festival Cervantino en Guanajuato y como lo ha sabido hacer Difusión Cultural de la UNAM. En la presentación del pasado mes de julio señaló su intención: “El Festival de Otoño de Madrid pretende, ante todo, ser un espacio para el diálogo. Diálogo artístico, estético, cultural y generacional.” Su gusto y olfato para propuestas de alta calidad que cautivan a la audiencia y la sorprenden es una

promesa del banquete que ofrece el otoño madrileño. En Madrid se respira un ánimo cosmopolita, incluyente y de gran efervescencia. Diez Martínez lo sabe: “Madrid se ha abierto a los nuevos acentos y sobre todo a las diferentes visiones, preocupaciones y expresiones, que, si bien en gran parte tienen origen en una historia representan diferentes realidades”.

Aplaudo la gestión cultural de mexicanos talentosos y sensibles fuera de nuestras fronteras para encausar asombros, colaboraciones y trascendencias, a los que se suma Amanda de la Garza subdirectora artística del Museo Reina Sofía. Buen momento.